

(La parra de la Reina.)

EMPARRADO DE HAMPTON-COURT.

Se cuenta, que estando el cardenal Wolsey en el apogeo de su poder, quiso edificarse un palacio digno de su rango; pero que desearo de encontrar en él la santidad, y al mismo tiempo los placeres de una larga vida, mandó á los médicos mas afamados de Inglaterra que le designaran el sitio mas saludable de las cercanías de Londres, dentro de un radio de veinte millas. Sobre una cuestion de tanto interés, los médicos ingleses creyeron conveniente pedir sus consejos y ayuda á los doctores jubilados de la ciudad de Padua, y despues de una minuciosa informacion acordaron que en los límites marcados para buscarle, la parroquia de Hampton, en el condado de Middlesex á doce millas de Londres, era el lugar en que reiná el aire mas sano, el sol mas rico y las aguas mas puras. Bajo la fé de esta relacion, el cardenal inmediatamente alquiló por noventa años la casa de Hampton y sus dependencias, que entonces eran propiedad de los caballeros de San Juan de Jerusalem y comenzó la construccion del celebre palacio conocido al presente con el nombre de Hampton-Court.

No es de nuestra mente el describir aquí este suntuoso palacio que por su originalidad arquitectónica, por las riquezas de arte que encierra, y por los recuerdos históricos que contiene, merece un lugar aparte en nuestro periódico. No nos hemos propuesto hoy otra cosa que hacer conocer á nuestros lectores una de las curiosidades de sus vastos jardines, el célebre emparrado que pasa por el mas notable de Europa. La única parra que le compone fué plantada en 1768, y al presente tiene 110 pies ingleses y la circunferencia de su tronco á flor de tierra es de tres pies, es decir de cerca de treinta pulgadas. Su fruto es de una uva negra llamada de Hambourg, abundante en tal manera, que en algunas estaciones se han cogido 2,500 racimos: se destinan esclusivamente para la mesa de la reina, lo que sin embargo no quiere decir que sea un manjar de rey, pues creemos que estos racimos nacidos en un invernadero no pueden tener el delicioso sabor de la uva albilla de Fontainebleau.

ATAULFO,

PRIMER REY DE LOS GODO EN ESPAÑA.

Apenas subió al trono de los Césares el emperador Honorio, cuando los godos, que con otras naciones bárbaras habian invadido la Ita-

lia algun tiempo antes, cansados ya de la paz á que contra su voluntad é indole guerrera y cruel los habia obligado el poder y fortuna del gran Teodosio, rompieron todas las trabas que los sujetaban, y como un torrente devastador se esparcieron por las provincias del imperio romano, llevándolo todo á sangre y fuego.

Fué la señal de esta guerra la muerte de Atanarico, primer rey de los godos, acaecida en Constantinopla en el año 381 de la era cristiana. Con este motivo entregaron el mando en el siguiente año á Alarico, irreconciliable enemigo de los romanos, el cual, aunque contrariado en los principios de su reinado por Radagayso, su competidor, bien pronto se reconciliaron y unieron sus fuerzas contra Roma. Pero acorralado el último en unos desfiladeros cerca de Florencia, por la astucia de Stilicon, general de los romanos, pereció con toda su gente; y desde entonces los godos se reunieron bajo el mando de Alarico, que les prometió vengar la sangre que Stilicon habia deramado. En cumplimiento, pues, de su promesa, marchó sobre Roma con un poderoso ejército, la puso sitio en el año 409, la entró á sangre y fuego, concediendo á sus tropas tres dias de saqueo, y redujo á cenizas á la que por espacio de tantos siglos habia sido la señora del mundo; llevándose prisionera y como en señal de su triunfo á Gala Plácida, hermana del emperador Honorio. Así concluyó para siempre la grandeza y poderío de Roma.

En esta guerra es donde los historiadores hacen por primera vez mencion de Ataulfo. Ligado por el parentesco con Alarico, de quien era cuñado, le acompañó en todas sus expediciones, contribuyendo no poco á la destruccion de Roma con un tercio de caballos que mandaba. Su valor y buenas prendas le granjearon el aprecio de los de su nacion, y cuando Alarico murió en Cosencio, hoy Calabria, en el año 410 eligieron á Ataulfo para que los gobernase.

Heredó este de su antecesor el odio á los romanos; y quiso al principio de su reinado marchar otra vez contra Roma, acabarla de destruir, y edificar sobre sus escombros otra ciudad con el nombre de Gotia. Pero gracias á las persuasiones de Plácida, con quien se casó despues de haberla hecho prisionera como dejamos indicado, no llevó adelante su proyecto, y al fin ajustó las paces con Honorio, abandonando segun se convino la Italia, y pasando con toda su gente á la Galia Narbonense. Mas á ruegos de la misma Plácida atravesó los Pirineos en el año 415, y se estableció en Barcelona, fundando así la monarquia goda en España, que reinó despues floreciente y poderosa por mas de tres siglos.

Se disponia ya Ataulfo á conquistar las demas provincias de España, y para ello habia empezado á hacer la guerra á los Wándalos, á

27 DE JULIO DE 1831.

quienes fácilmente hubiera vencido, si la alianza que acababa de estrechar otra vez con Honorio no le hubiera granjeado el odio de sus vasallos, que inducidos por Sigerico le quitaron la vida, valiéndose para ello de un hombre llamado Vernulfo, privado del rey. Algunos afirman que fué el mismo Sigerico quien le dió la muerte, y otros que un criado llamado Dobbio, en venganza de la que él había mandado dar antes á su señor; pero es mas probable lo primero.

Murieron tambien asesinados por Sigerico seis hijos que tenia Ataúlfo del primer matrimonio, pues en su segundo con Gala Plácida solo dió á luz esta un hijo en el año 414, á quien pusieron por nombre Teodosio: pero murió á pocos días.

LA MUERTE DE ATAÚLFO.

415.

I.

La oscuridad de la noche cubria con un denso velo las torres y edificios de Barcelona, ciudad poderosa ya mucho antes de la época á que nos referimos, y en la que Ataúlfo acababa de colocar su corte, echando así los primeros cimientos de la monarquía goda en España. Magestuosa é imponente aparecía la ciudad de Amílcar (1) en medio de las tinieblas. Algunas veces la luz de la luna penetrando por entre los espesos vapores que cubrian el horizonte, iluminaba los pocos monumentos romanos que la ferocidad y barbarie de los godos habían dejado en pie; y á su ceniciento fulgor sus macizas formas aparecían mas vagas y aéreas, sin perder por eso nada de su severidad: antes bien tomaban un aspecto sublime y melancólico, que revelaba al alma no sé qué triste misterio, no sé qué verdad profunda. En efecto: aquellos magníficos templos medio derribados, aquellos vastos circos sin gladiadores, sin pueblo, aquellos suntuosos palacios sin cortesanos, todos aquellos lugares, en fin, habían presenciado la opulencia y poderío de sus dueños: en su sagrado recinto habían resonado devotas plegarias á los dioses, que se elevaban al viento entre nubes de aroma mezcladas al humeante vapor que se exhalaba de la caliente sangre de las víctimas sacrificadas; habían retremido al estruendo de cien combates, y repetido despues en sus inmensas bóvedas el eco de las aclamaciones del pueblo romano y sus himnos de victoria. Ahora tristes, solitarios, mudos, parecia que habían quedado allí como una memoria de tanta grandeza, como un emblema de la inestabilidad de las cosas humanas: ó acaso para decir á sus nuevos dominadores, que sus triunfos, su poderío y su naciente gloria acabarían tambien sin dejar tal vez tantos recuerdos.

La superficie tersa y soségada de la mar plateada por la luz del ástro de la noche asemejava una inmensa llanura. Multitud de buques anclados en el puerto se mecían tranquilamente sobre las ondas. La mayor parte de ellos componían la armada de Constancio, general del emperador Honorio, que acababa de estrechar nuevamente su alianza con Ataúlfo.

Profundo silencio reinaba en todas partes; ni en el puerto, ni en la ciudad, ni en el palacio se oía el menor ruido. Sin embargo, dos hombres acababan de salir por una puerta secreta de éste, y se dirigían silenciosamente hácia el mar. El acero de un yelmo brillaba en la cabeza de uno de ellos, mientras el otro la llevaba descubierta.

—Oscura está la noche, Dobbio, dijo el primero, haciendo alto ya cerca de la ribera, y dirigiendo la palabra al que le acompañaba; tan oscura como mis proyectos. El mar cada vez mas embravecido previene una tempestad.

—No menor la anuncia la tierra, contestó el otro, pero con la diferencia que las olas que han de agitarse serán de sangre.

—Por entre ellas se abrirá paso Sigerico hasta el trono.

—Y mi puñal os allanará los obstáculos que se os pongan por delante.

—Y mi oro pagará con usura cada golpe de tu puñal, si es certero.

—¡Oh! eso no lo dudeis; mi brazo jamás yerra cuando el oro y el deseo de venganza le conducen.

—¿El deseo de venganza has dicho?

—Sí: ¿habeis olvidado ya que la muerte que Ataúlfo mandó dar á mi señor, fué la causa que me movió á ofreceros mis servicios en este asunto?

—¡No ciertamente! y por eso he depositado en tí toda mi confianza, y te he mandado que me acompañaras hasta aquí para acabarte de enterar de mis proyectos.

—Yo os lo agradezco, señor, pero permitid que os diga que para esto no era necesario salir del palacio, porque las paredes de vuestra cámara hubieran sabido sin duda alguna guardar el secreto.

—No es esa la causa de haber venido á este sitio: espero á Constancio.

(1) Su fundador.

—¡Al general romano!

—Sí: ¿de qué te admiras?

—¿Acaso sabe algo de vuestros planes?

—No solo los sabe, sino que los protege.

—Acabad de explicaros. ¿Cuando el pretesto con que pensais alucinar al pueblo para disculparos de la muerte de Ataúlfo, es su amistad con los romanos, os valeis de estos mismos para asesinarle?

—Cabalmente: esa es la única parte de mi secreto que no sabe Constancio, y la que es necesario que ignore por ahora. Él ha sido el primero que me ha sojorido la idea de asesinar á Ataúlfo; y el que ha despertado mi ambicion prometiéndome en nombre de Honorio protegerme si fuese necesario para subir al trono; pero yo sé muy bien que el emperador no es sabedor de este proyecto, y que el único autor de él son sus celos.

—¿Sus celos?

—Sí: ya es necesario que te declare todo; Constancio ama á Plácida aun antes de ser esposa de Ataúlfo; para él la destinaba Honorio, y si despues de haber sido hecha prisionera se le concedió al segundo, fué solo obligado de la necesidad en que se hallaba de ajustar las paces con nosotros. Pero Constancio no ha dejado de amarla; su pasion, que yacia en él, si no muerta al menos dormida, ha despertado ahora con mas fuerza que nunca á la vista de Plácida; y conociendo que no puede desatar los lazos que la unen á Ataúlfo, se ha decidido por fin á romperlos. Él me cree solo un ciego instrumento de que se vale para conseguir sus amorosos fines, cuando yo le hago el mio para satisfacer mi ambicion.

—Escelente plan si no se frustra.

—Todas las medidas imaginables están tomadas para que tenga un éxito feliz: mientras tú acompañado de Vernulfo y dos hombres mas penetras en la cámara de Ataúlfo, yo seguido de algunos soldados me apoderaré de sus seis hijos y los haré morir: las tropas que se hallan en Barcelona están á mi devocion, y... no hay que dudarlo, mañana ceñirá mi frente la corona de los godos.

—¿Queréalo el cielo! En cuanto á mí, os juro que desempeñaré lo mejor posible la parte que me toca, y que...

—¡Silencio! le interrumpió Sigerico, creo haber oido ruido de remos.

—Una barca se dirige hácia aquí.

—Retírate: es Constancio, viene solo, y no debe encontrarme acompañado. Espérame á alguna distancia. Despues te referiré el resultado de esta entrevista. Adios.

Y ambos se separaron. Sigerico se adelantó á recibir la barca, mientras Dobbio, dirigiéndose tierra adentro, desapareció entre las tinieblas.

Apenas tocó en la orilla la frágil embarcacion, cuando un hombre saltó en tierra.

—¿Quién vá? preguntó el godo echando mano á su espada.

—Constancio: respondió el otro deteniéndose. ¿Y vos?

—Sigerico.

—Adelante, dijeron los dos á un tiempo; y partiendo la distancia que los separaba se encontraron en medio de ella.

La presencia del general romano era noble, gallarda y varonil; pero en su rostro venia pintada cierta expresion de disgusto y tristeza, que manifestaba bien lo contrarias que eran á su carácter las maquinaciones é intrigas en que se hallaba envuelto; y á que una pasion funesta le habia arrastrado.

—¿Me aguardábais? preguntó Constancio.

—Hace ya bastante tiempo, contestó Sigerico.

—Sin embargo, creo haber sido exacto.

—Ciertamente, pero para quien espera un trono, las horas que le separan de aquella en que ha de subir sus escalones, son siglos de eternidad.

—¿Y bien, qué habeis resuelto?

—Esta noche morirán Ataúlfo y sus seis hijos.

—¿Qué, aun no habeis renunciado á esa idea cruel y sanguinaria? ¿á qué sacrificar tantas victimas? ¿no basta con una sola?

—No: cada uno de sus hijos se creeria algun día con derecho para arrebatarme la corona: Alarico, el mayor de ellos, puede ya vestir una coraza; es amado del pueblo; y su espada vengaria la muerte de su padre si yo dejase á su brazo en disposicion de manejarla: todo lo que pertenezca á Ataúlfo ha de morir.

—¿Qué decis? exclamó Constancio con un acento que revelaba la mayor inquietud; supongo que respetareis la vida de la reina: por sus venas corre la sangre de los Césares, y ¡ay del temerario que se atreva á derramarla!

—Nada temais, repuso tranquilamente el godo; Plácida no me estorba para mis proyectos; y esta es la mayor garantía que puedo daros de su seguridad.

—Confiado en ella os dejo obrar en lo demas como gustéis.

—Yo tambien confio en las promesas que habeis hecho.

—Deseuidad: ahora mismo voy á disponerlo todo para que mis sol-

dados estén prontos á desembarcar, y protejerlos si fuese necesario. El cielo os guarde.

—Y á vos tambien, contestó Sigerico separándose del romano, y dirigiéndose hácia el lado por donde habia desaparecido Dobbio.

—Miróla Constancio perderse entre las tinieblas, y entonces abandonándose á los sentimientos que le agitaban, por ella, exclamó, por ella seré un malvado.... ¡Plácida! Solo una senda me conducirá á ti; y está sembrada de crímenes y de horrores; sin embargo, mi planta la ha hollado sin vacilar; me he lanzado en ella con arrojo, y ya no retrocederé. Por todos los tesoros del mundo, por mi vida, por mi eternidad misma, no hubiera yo derramado una sola gota de sangre inocente, y por tí voy á hacerla correr á torrentes... Pero no; continuó como asaltado de pronto por un recuerdo, lo habia olvidado: no se verterá mas que la necesaria.... Yo sabré poner coto á la ferocidad de ese tigre; los hijos de Ataúlfo no perecerán; yo los salvaré.

Sacó entonces del seno un pergamino rollado, se dirigió á la orilla, y á su voz un hombre, que se hallaba sentado en el fondo de la barca, saltó en tierra.

—¿Qué mandais? preguntó acercándose respetuosamente.

—Toma este pergamino, y marcha por aquella senda al palacio de Ataúlfo, le dijo Constancio señalando el lado opuesto por donde habia desaparecido Sigerico; tú hallarás medio de que se lo entreguen á Plácida antes de una hora. Adios.

El hombre se inclinó profundamente, y marchó por la senda que le habian indicado. Entre tanto Constancio, meliéndose otra vez en la barca, á una señal, los dos remeros le hicieron surcar rápidamente las olas, perdiéndose bien pronto entre los buques mayores, como un ave que se interna en un espeso bosque.

II.

El mayor silencio reinaba dentro del palacio de Ataúlfo; todos yacian entregados tranquilamente al sueño, y aquella vasta mansion tan concurrida por el dia como lo son todos los palacios de los reyes, parecia un sarcófago inmenso, desierto, donde no se oia mas ruido que el del viento, zumbando en las galerías. Algunas veces creian escucharse á aquellas horas mezclados á su sordo murmullo, tristísimos ayes, y lastimeros sollozos, que salian al parecer de una habitación inmediata. Aquella habitación era la de la reina, aquellas las horas destinadas por ella al llanto y á la amargura; y sin embargo las mas felices de su existencia. Inocente víctima sacrificada ante las aras de la ambicion y de la razon de estado, su vida era un tejido de infortunios, en la que no habia ni un solo recuerdo de felicidad, ni una memoria halagüeña; era una de aquellas historias que hacen llorar.

Estaba pues la bella romana reclinada muellemente en un sitio, su negra cabellera destrenzada ocultaba parte de su hermoso semblante, donde se veia profundamente marcada la huella del dolor.

Tan enagenada se hallaba en sus tristes pensamientos, que no reparó en una esclava que entró en la estancia, y cuando quiso preguntarle la causa de su venida, ya habia vuelto á salir, dejando entre sus manos un pergamino rollado. Desdoblólo con indiferencia, mas apenas hubo leído los primeros renglones, cuando todo su cuerpo se estremeció, y levantándose con prontitud: ¡Salvadlos! exclamó, dirigiéndose á la puerta; ¡salvadlos! si es tiempo, y... pero su voz quedó mudada en la garganta, y ella inmóvil en medio del salon, al ver entrar de repente á Ataúlfo.

—¿Qué tenéis, señora? preguntó este asombrado: ¿qué motiva ese sobresalto? ¿acaso esta carta ha podido producirla? dijo recogiendo del suelo el fatal pergamino, que ella en medio de su terror habia dejado caer insensiblemente: veamos; y acercándole á una lámpara leyó:

La vida de los hijos de vuestro esposo está en grave riesgo; los amenazan cien puñales, y vos sola podreis salvarlos persuadiéndoles que se refugien bajo mi proteccion, sin dar parte al rey de su fuga. No perdais un instante. Adios.—Constancio.

Durante la corta lectura de esta carta se manifestaron en el semblante de Ataúlfo el mayor terror y agitacion; pero cuando vió el nombre que la firmaba cambió enteramente de aspecto: sus ojos tomaron una expresion feroz, y dirigiéndose á su esposa, que al escucharlo no pudo contener una exclamacion,

—Mucho efecto ha producido en vos este nombre: la dijo con voz terrible: pero yo os juro que no volvereis á oírle.

—¡Piedad! exclamó Plácida arrastrándose á sus pies en actitud suplicante.

—La vida de los hijos de vuestro esposo, continuó Ataúlfo volviendo á leer la carta, y sin curarse de los ruegos de la reina, está en grave riesgo; persuadidles á que se refugien bajo mi proteccion, sin dar parte al rey de su fuga. Ay de ellos si hubieran seguido tan pérfido consejo ¡ya no existirían!

—Qué, señor, os atreveis á suponer...

—Sí, una perfidia atroz, inaudita, la interrumpió bruscamente Ataúlfo, una perfidia sin ejemplo. Mirad, añadió agarrándola de un brazo, y señalando al mismo tiempo la firma de Constancio; no hace muchos dias que este mismo hombre me prometió en nombre de César eterna paz y alianza: yo le creí y le juré lo mismo. En prueba de ello le franqué mi palacio, mi mesa, mi amistad; y él entre tanto combinaba un plan para arrebatarme mis hijos, y hacerlos perecer tal vez; porque estorbaban á sus proyectos ambiciosos, porque quitándome su apoyo le seria fácil despues destituirme de mis dominios, y acaso encerrarme en una oscura prision, donde acabara de consumir mi deshonrada existencia. ¿No esto una infamia? decidlo vos misma, ¿este hombre no debe morir?

—Os engañais, señor, os engañais: no sé qué voz interior me grita que eso que decís no es verdad, que tal vez los amenaza algun peligro por otra parte, y que él quiere salvarlos. Creedme, y...

—¡Callad, la volvió á interrumpir con furor el rey, aun hay mas. Hace seis años que Roma cayó en nuestro poder. El palacio de sus orgullosos emperadores ardía en vivas llamas como toda la ciudad. En él estaba á punto de perecer una mujer descendiente de su odiosa estirpe, pero hermosa. Su desgracia me compadeció y la salvé la vida; despues la amé y la hice mi esposa; sacrificándola mi corazon, mi libertad, y hasta mi gloria: sí, mi gloria, porque yo hubiera podido ser dueño del universo.

Pero á una voz de ella, á una sola súplica de sus lábios, mi brazo dejó caer la espada que tenia ya levantada, se hicieron las paces, y Roma se salvó. Quizá este paso me granjeaba el odio de mis vasallos: ¿pero qué era para mí el odio del mundo entero comparado con su amor? Y con todo, á pesar de tantos sacrificios, esa mujer no solo no me ama, sino que ha conservado en su pecho el recuerdo de otra pasion: tal vez ¡oh rabia! ha manchado mi honor; y acaso acaso detrás de esa frente hermosa y pura como la de un ángel, se esconde el infernal proyecto de arrancar á mis inocentes hijos la vida, y á mí el trono, para hacer subir despues á él al infame cómplice de todos sus crímenes! ¡Ah! decid, señora, decid ¿esta mujer debe morir?

—Sí, exclamó Plácida con energía, esconded pronto vuestro puñal en mi seno; pues no debo vivir un instante, despues de haber escuchado de vuestra boca tan atroces calumnias. Pero antes, continuó con acento firme, antes es preciso que me escuchéis á mí tambien. Yo amaba á otro hombre; ¡ah! bien lo sabeis; su amor era la única felicidad de mi vida: amarle eternamente mi única esperanza; vos vinisteis y me arrebatásteis á un tiempo á mi patria, á mi felicidad y á mi esperanza: me hicisteis vuestra esposa, es verdad, mas al entregarme mi mano no os pude hacer dueño de mi corazon. Me direis que por qué pronuncié unos juramentos que no habia de cumplir; pero ¡ah! mi hermano, mis amigos, mi patria, todo cuanto mas amaba estaba próximo á perecer al filo de vuestra espada; yo sola podia parar el golpe; ellos me pedían que los salvara; ¿qué habia de hacer? Fui vuestra, y desde entonces todos mis esfuerzos se dirigieron á amaros, pero en vano. Siempre que veniais á mis brazos creia veros como la primera vez en Roma: vuestro rostro resplandecía á la luz de las llamas que abrasaban el palacio de mis padres; vuestras manos, vuestros vestidos y vuestras armas estaban teñidos con la sangre de mis conciudadanos, quizá con la de mi familia!... ¡Ah! perdonad, señor, pero un horror involuntario se apoderaba de mí; sin embargo lo reprimia en lo mas hondo del pecho, y recibia vuestras caricias con semblante risueño, mientras que la mas violenta desesperacion devoraba mis entrañas! decid, añadió sollozando, tantos tormentos, tantas amarguras, ¿no merecen alguna compasion?

—Muger, exclamó el rey enternecido, sin duda eres criminal, y á pesar de eso no puedo aborrecerte. Con todo, la traicion es cierta, ningun peligro puede amenazar á mis hijos dentro de mi palacio, y aconsejarlos que huyan de él sin mi conocimiento es conducirlos á la muerte: ¡oh! ya juro que han de pagar bien cara su...

Un grito terrible que resonó en las galerías inmediatas y al que se siguió un confuso ruido de armas y voces heló la amenaza en sus lábios.

—¡Ah! bien me decia mi corazon que no era mentira, exclamó Plácida sobresaltada.

—¡Cielos! ¿Será posible! murmuró Ataúlfo preparándose para salir de la estancia. Pero un ruido próximo de pisadas como de alguna persona que huye le detuvo. Abrióse á pocos momentos la puerta, y el jóven Alarico, medio desnudo, con la espada en una mano y cubierto de heridas, se arrojó desfallecido en sus brazos.

—¡Huid! señor, le dijo con voz apenas inteligible; un ejército de asesinos ha invadido el palacio... Sigerico los manda... mis hermanos... ya no existen... y... yo... muero tambien.

—¡Mis hijos asesinados por Sigerico! exclamó el desdichado padre arrojándose sobre el cadáver de Alarico. ¿Conque era cierto lo que me anunciaba esa carta?... ¡y yo desconfiaba de ella! ¡perdon, espo-

sa mia, perdon! continuó dirigiéndose á Plácida; pero la infeliz no podía oírle: estaba desmayada.

Entre tanto la confusion y estruendo se acercaban. Las voces de *traicion, socorro*, se percibian distintamente entre el choque de los aceros, y bien pronto se vieron relucir estos á la puerta de la estancia.

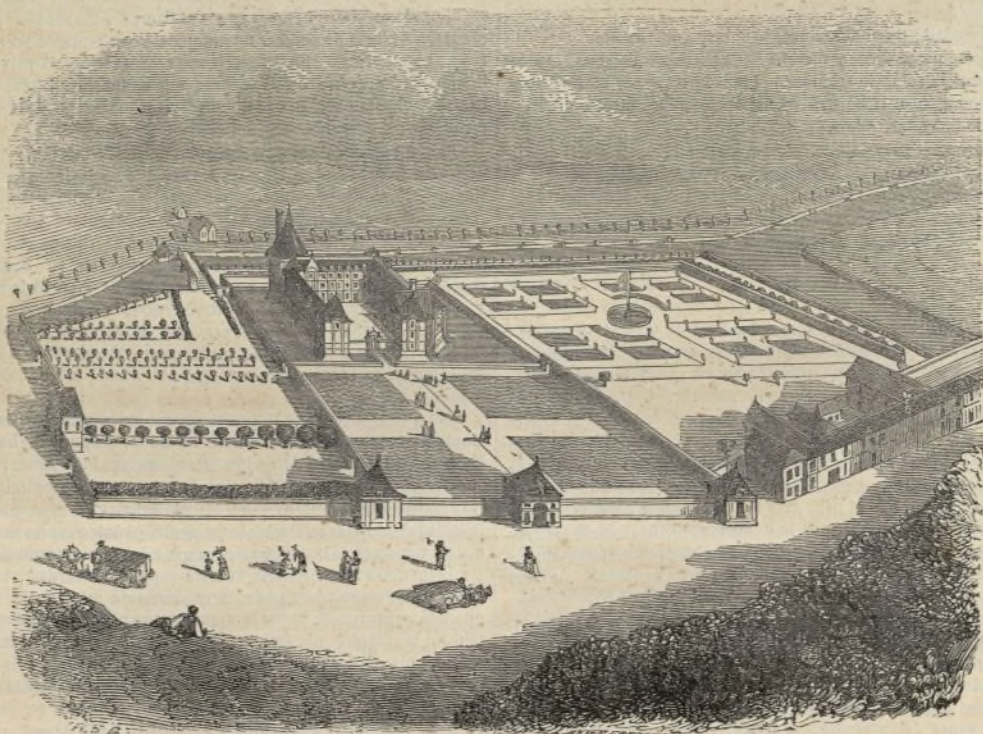
—¡Traidores! dijo el rey al verlos; yo vengaré en vosotros la muerte de mis hijos, y recogiendo la espada de Alarico se lanzó á recibirlos. Pero mas de veinte lanzas le rodearon por todas partes, y á pesar de sus esfuerzos, á pocos momentos cayó sin vida.

—¡Soldados! ¡murió el tirano! dijo entonces Sigerico saliendo de entre la turba; perezca así todo el que contraiga amistad con Roma.

—Viva Sigerico, gritaron los soldados.

Este grito resonó en los cuatro ángulos del palacio estendiéndose despues por toda la ciudad. Empezaba á amanecer.

Sigerico fué aclamado aquel mismo dia rey de los godos; pero su triunfo fué corto, como lo es siempre el de los malvados, pues murió asesinado tambien en el mismo año de su aclamacion. Walia, que le sucedió en el trono, ajustó las paces de un modo estable con Constantino, á quien Honorio habia ya asociado al imperio, siendo una de las condiciones que le entregasen á Plácida, con quien casó al fin, y de este matrimonio nació el emperador Valentiniano, tercero de este nombre.



(Casa de recreo en Alemania.)

ALONSO DE ARMENTA.

Este poeta, que á principios del siglo XVI vivia en Loja, de donde era natural, es poco conocido. Entre las poesias que de él nos quedan no hay una, á lo menos bajo su propio nombre, que no tenga por objeto el desden y desamor de los hombres, y el requerir y requerir de las mugeres, á los mas humildes, como pastores y labriegos. Asunto raro y singular seguramente, pero del que se ocuparon algunos poetas españoles de aquel tiempo. Y esto no es por cierto desconocer el corazon humano, porque sin negar la vergüenza natural en las mugeres, y que prefieran siempre el ser requeridas al tener que requerir, todavia se ven ejemplos de esto último, y mucho mas cuando se supone en el rogado mucho desprecio de sí mismo, humildad, silencio y recato, y conocimiento de su inferioridad. Entonces parece que una muger se halla mas dispuesta á rogar al hombre de estas cualidades, que por las mismas ó por otras la interesa: porque en ello no ve tanto riesgo para su reputacion. Añádase á esto el género de vida que guardaban las mugeres españolas del siglo XVI. El recato, el recogimiento y reclusion, el misterio perpétuo en que se hallaban envueltas; lo imposible y peligroso que las era el entregarse á las solicitudes de personas convenientes, el desden y la

dureza que debian manifestar en la sociedad que se las permitia; y dígame despues si no era muy natural que una muger joven, ardiente, llena de pasion y de vida, y que solo podia hablar (sin riesgo de ser notada y de que otros maliciasen) con rústicos y pastores, manifestase á estos sentimientos que sabia muy bien no la manifestáran ellos, aunque tal sintiesen, por la distancia inmensa de su condicion.

Añádase tambien la impresion causada por las formas bellas y robustas que debian presentar á los ojos de mugeres de tales costumbres, de tales años y de tal siglo, hombres criados en la sana vida del campo, vestidos mas ligeramente que los caballeros é hidalgos de aquel siglo aparatoso, y descuidando por su misma sencillez el demasiado recato; y consideradas todas estas cosas, se verá la posibilidad de ese requerir y requerir de las mugeres, y del miedo y medida de los requeridos: y no chocarán entonces versos semejantes á estos de Alonso de Armenta:

—«Oyes, Gil, ¿quieres saber lo que me aconteció ayer?»

—«Dilo ya, que ya escucho, y no te detengas mucho: mas nunca tu fuerte ducho, tardas mucho en responder.»

—«Que la hija de nuestra madre, á la he, ella me llama,

y bajó como una gama
para herme detener.
Traia unos copetones
hechos d'unos guedejones,
y encima unos redejones
con que me pensó prender.
Colgaban de las toquillas
un monton de cencerillas,
segun eran amarillas
de oro debian ser.
Relumbrábale el pelejo
de la fuente como espejo,
que á tiro largo de tejo
te pudieras en él ver.
E lenia la cejita
delgadita delgadita,
como luna muy chiquita
cuando mal se deja ver.
E por mil agujeritos
de las mangas y manguitos
salen tantos mangajitos
qu'es en hástio de los ver.
Y en viendo sus embarazos
pensé traia en los brazos
muchas rascas de hornazos
que por Pasena sole haber.
E traia pegadizas
á las sayas revoltizas
unas como longanizas:
no sé si eran de comer.
¡ Si vieras, pues, el calzado,
todo d'oro rechapado!...
No tienen otro cuidado,
¿qué diabros han de her? »
.....
—«Pues, en fin, ¿qué te decia? »
—«Decia que si queria,
ella me perdonaria
lo hecho y lo por hacer.»
—«E tú ¿qué la habias hecho?

Y dejados aquí algunos versos que no es dable citar por lo que en ellos se relata, véanse los que espican el miedo razonable del pastor para propasarse:

—«No soy yo de los hobitos
que se pagan de coquitos:
quizá que ella diera gritos
y hubiera bien que roer.
Dó al diablo ses bulagos:
que tien unos mozos malos
que me cargaran de palos
hasta mas mas no poder.
Donde á poco la vellaca
¡ oh qué pernejosa saca!
mas gruesa que de una vaca,
mas yo no la quise ver.»
—«Mia fé, Juan, dende no pases:
queria que la rogases,
y que despues.....

Sensible es que la decencia, ó mejor el recato que exige un periódico, impidan el acotar integras estas composiciones. Pero con esa muestra hay bastante para descubrir que esos cantares, trovas y coplas de nuestros antiguos poetas, encierran mucha poesia, no premiosa y esprimida á fuerza de alambique, sino inafectada, natural, sacada del original inagotable de las humanas pasiones, y de la observacion de la naturaleza.

Del mismo Alonso de Armenta hay una glosa al villancico:

Llamábalo la doncella,
dijo el vil:
al ganado tengo de ir—

que empieza así:

«Llámalo de una ventana,
dicele: pastor, espera, »

en la que responde siempre el rústico con el último verso del villancico,

co, y un refrán ó espresion proverbial antepuesta. La composicion toda consta de mas de cuatrocientos versos, que por la brevedad no citamos.



(Torreón de la antigua muralla árabe.—Toledo.)

LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

NOVELA

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

ADVERTENCIA.

El Padre Fr. Gabriel Tellez, religioso mercenario, conocido generalmente por el seudónimo de *el Maestro Tirso de Molina*, disfraz que adoptó en casi todos sus escritos, publicó en el año de 1621 un volumen, titulado *Los Cigarrales de Toledo*, en cuya obra supone, que reunidos ciertos caballeros y damas para divertirse, obsequiándose reciprocamente y por su turno en las casas de campo inmediatas á aquella ciudad, representan comedias y refieren anécdotas varias. Menos una, todas aquellas narraciones son del género grave, para el cual no era el ingenio de Tellez tan acomodado como para lo festivo: así es que ni la inventiva ni la elocucion de las primeras las hacen recomendables, al paso que la sola que pertenece al género cómico está discretamente combinada, y escrita en un lenguaje tan lleno de amenidad, viveza y soltura, que puede compararse con el del Quixote. Tiempo há que mi afición á la lectura de nuestros autores antiguos me sugirió el pensamiento de reimprimir esta novelita con otros escritos que formasen un tomo regular, porque para publicarla suelta era corta, y el tomo entero de los *Cigarrales* no sería muy leído si se reprodujera, pues realmente no tiene de bueno más que tres comedias (dos de las cuales salieron en el teatro escogido de Tirso) y este fragmento, que aun arrancado de allí no deja de ser obra completa. El fin de la proyectada publicacion era recordar á los editores amantes de nuestra gloria literaria que existe un buen número de novelas cortas de no poco mérito, escritas en el siglo XVII, las cuales, habiéndose agotado las ediciones, se hallan tan ignoradas como esta del público; y convendría mucho mas el volverlas á la luz, que imprimir

malas traducciones de malos originales, que no sirven sino para romper el idioma, el gusto y algo que vale mas. Parte de mi buen deseo la he visto ya realizada con la reimpresión que se está haciendo de varias novelas antiguas; sin embargo, nunca está demás el hacer un recuerdo por otro lado: y el emplear á este fin las columnas de un periódico tan generalizado como el SEMANARIO, me parece que es el medio mas eficaz y oportuno.

Esta novela (que en los *Cigarrales* no lleva título) no es precisamente original del maestro Tirso de Molina; pero en justicia tampoco puede señalársele autor: comprende tres de esos cuentos nacidos entre las tinieblas de la edad media y que han pasado de boca en boca hasta que un autor eminente ha echado después mano de ellos y les ha dado su nombre. Tirso pudo muy bien haber leído en el Decamerón de Boccaccio un lance sustancialmente el mismo que le sucede al celoso Santillana; pero pudo también haberlo oído por la tradición; á causa de haberse difundido tales cuentos por toda Europa: de cualquier modo que sea, ello es que si Tirso lo imitó de Boccaccio, mejoró notablemente la idea, quitándole toda la parte indecente é inmoral que tiene en la colección del novelista italiano, y aventajándole, á mi modo de ver, en el gracejo de la narrativa.

Mucho debió de agrádar la novela de Tirso en España, porque mas adelante la sacó de los *Cigarrales* un tal Isidro de Robles, y la reimpresió con otras diez, calificándolas á todas de ejemplares, nuevas, nunca vistas ni impresas, y compuestas por diferentes autores, los mejores ingenios de España. El descaro con que llamaba *nunca vista ni impresa* á una obra que todo el mundo podía haber á la mano, es cosa que no debe aturdirnos, porque mentiras y robos de esta especie eran muy comunes en España: la indolencia de los autores y la ignorancia de los censores tenían la culpa. Isidro de Robles la bautizó con el nombre de *Los tres maridos burlados*, título que le cuadra perfectamente, y con este ha corrido en las diversas reimpresiones que se han hecho de ella: con el mismo se reproduce ahora, suprimiendo en los primeros renglones un paréntesis bien largo, relativo á la ciudad de Toledo, el cual estaría bien en boca del personaje que refería la novela en el *Cigarral*; pero sacada de allí, no hace buen efecto. En la demas, no ha sufrido mas alteración que la de acomodarla á nuestra actual ortografía.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

En Madrid vivían pocos tiempos há tres mugeras hermosas, discretas y casadas: la primera con el cajero de un caudaloso genovés, en cuyo servicio ocupado siempre, tenía lugar de asistir en su casa solamente los medios días á comer, y las noches á dormir: la segunda tenía por marido á un pintor de nombre, que en fé del crédito de sus pinceles, trabajaba mas habia de un mes, en el retablo de un monasterio de las mas insignes de aquella corte (1), sin permitirle sus tareas mas tiempo que al primero, pues las fiestas que daban tréguas á sus estudios, eran necesarias para divertir melancolias que la asistencia contemplativa de este ejercicio comunicaba á sus profesores: y la tercera, padecía los celos y años de un marido que pasaba de los cincuenta, sin otra ocupación que de martirizar á la pobre inocente, sustentándose los dos de los alquileres de dos casas razonables, que por ocupar buenos sitios les rentaban lo suficiente para pasar, con la labor de la afligida muger, con mediana comodidad la vida. Eran todas tres muy amigas, por haber antes vivido en una misma casa, aunque ahora habitaban barrios no poco distantes; y por consiguiente los maridos profesaban la amistad, comunicándose ellas algunas veces que iban á visitar á la muger del celoso; porque á la pobre, si su marido no la llevaba consigo, era imposible poderles pagar las visitas; y ellos los dias de fiesta, ó en la comedia ó en la esgrima y juego de argolla, andaban de ordinario juntos. Un dia, pues, que estaban las tres amigas en casa del celoso, contándole ella sus trabajos, la vigilancia impertinente de su marido, las pendeñcias que le costaba el dia que salía á misa (que con ser al amanecer y en su compañía, aun de las puntas del manto, porque la llegaban á la cara tenia celos), y ellas compadeciéndose de sus persecuciones la consolaban; habiendo venido los suyos, y estando merendando todos seis, concertaron para el dia de san Blas, que se acercaba, salir al sol y á ver al rey, que se decía iba á Nuestra Señora de Atocha aquella tarde: y por ser en dia de jueves de compadres, llevar con que celebrar en una huerta allí cercana la solemnidad de la fiesta, que aunque no está en el calendario, se solemniza mejor que las de Pascua: habiendo hecho no poco en alcanzar licencia para que la del celoso necio se hallase en ella. Cumplióse el plazo y la merienda, despues de la cual asentadas

ellas al sol (que le hacia apacible) oyendo muchas quejas de la mal marido, y ellos jugando á los bolos en otra parte de la misma huerta, sucedió que reparando en una cosa que relucía en un montoncillo de basura á un rincón de ella, dijese la muger del celoso: «¡válgame Dios! ¿qué será aquello que brilla tanto?» Miráronlo las dos, y dijo la del cajero: «ya podría ser joya que se le hubiese perdido aquí á alguna de las muchas damas que se entretienen en esta huerta semejantes dias.» Acudió solícita á examinar lo que era la pintora, y sacó en la mano una sortija de un diamante hermoso y tan fino que á los reflejos del sol parece que se transformaba en él. Acodiciáronse las tres amigas al interés que prometía tan rico hallazgo; y alegando cada cual en su derecho, afirmaba que le pertenecía de justicia el anillo. La primera decía que habiéndolo sido en verle, tenía mas acción que las demas á poseerle; la segunda afirmaba que adivinando ella lo que fué no habia razon de usurpárselo; y la tercera replicaba á todas que siendo ella quien le sacó de tan indecente lugar, hallando por experiencia lo que ellas se sospecharon en duda, merecía ser solamente señora de lo que le costó mas trabajo que á las demas. Pasara tan adelante esta porfia, que viniendo á noticia de sus maridos pudiera ocasionar en ellos alguna pendeñcia sobre la acción que pretendía cada una de ellas, si la del pintor, que era mas cuerda, no las dijera: «señoras, la piedra por ser tan pequeña y consistir su valor en conservarse entera, no consentirá partirse; el venderla es lo mas seguro, y dividir el precio entre todas, antes que venga á noticia de nuestros dueños y nos priven de su interés, ó sobre su posesión riñan y sea esta sortija la manzana de la discordia; pero ¿quién de nosotros será su fiel depositaria sin que las demas se agravien, ó haya segura confianza de quien se tiene por legitima poseedora de esta pieza? Allí está paseándose con otros caballeros el conde mi vecino: comprometamos en él (llamándole aparte) nuestras diferencias, y pasemos todas por lo que sentenciare.» «Soy contenta,» dijo la cajera; «que ya le conozco, y fio en su buen juicio y mi derecho que saldré con el pleito.» «Y yo y todo,» respondió la mal casada; «pero ¿cómo me atreveré á informarle de mi justicia, estando á vista de mi escrupuloso viejo, y siendo el conde mozo, y ciertos los celos, con el juego de manos tras ellos?» En esta confusa competencia estaban las tres amigas, cuando diciendo que pasaba el rey por la puerta, salieron corriendo sus maridos entre la demas gente á verle; y aprovechándose ellas de la ocasión, llamaron al conde, y le propusieron el caso, pidiéndole la resolución de él, antes que sus maridos volviesen, y el mas celoso llevase que reñir á casa; poniéndole la sortija en las manos para que la diese á quien juzgase merecerla. Era el conde de sutil entendimiento, y con la cortadad del término que le daban, respondió. —«Yo, señoras, no hallo tan declarada la justicia por ninguna de las diligentes, que me atreva á quitársela á las demas; pero pues habeis comprometido en mi, digo, que sentencio y fallo que cada cual de vosotras, dentro del término de mes y medio, haga una burla á su marido (como no toque en su honra); y á la que en ella se mostrare mas ingeniosa, se le entregará el diamante, y mas cincuenta escudos que ofrezco de mi parte, haciéndome entre tanto depositario de él. Y porque vuelven vuestros dueños, manos á la labor, ¡adiós.» Fuése el conde, cuya satisfacción abonó la seguridad de la joya, y su codicia las persuadió á cumplir lo sentenciado. Vinieron sus maridos, y porque ya la cortadad del dia daba muestras de recogerse, lo hicieron todos á sus casas, revolviendo cada cual de las competidoras las librerías de sus embebecos, para estudiar por ellos uno que le sacase victoriosa en la agudeza y posesion del ocasionador diamante.

El deseo del interés, tan poderoso en las mugeres, que la primera, por el de una manzana, dió en tierra con lo mas precioso de nuestra naturaleza, pudo tanto en la del codicioso cajero, que habiendo sacado por el alquitara de su ingenio la quinta esencia de las burlas, hizo á su marido la que sigue.

Vivia en su vecindad un astrólogo, grande hombre de sacar por figuras los sucesos de las casas ajenas, cuando quizá en la propia, mientras él consultaba efemérides, su muger formaba otras, que criándose á su costa le llamaban padre. Este, pues, tenia conocimiento en la del vecino contador, y deseos no tan licitos, cuanto disimulados de ser su ayudante en la fábrica del matrimonio. Había la astuta cajera caládose los pensamientos; y aunque por ser ella tan estimadora de su honra cuanto el amante entraba en dias, se lo rechazaba; quiso en la necesidad presente valerse de la ocasión y aprovecharse de sus estudios; para lo cual mostrándosele menos intratable que otras veces, le dijo que para cierto fin ridiculo, con que quería regocijar aquellas carnestolendas, le importaba hiciese creer á su marido que dentro de veinte y cuatro horas pasaría de esta vida á dar cuenta á Dios de lo que hasta entonces habia mal empleado. Prometiéndole contento de tenerla gustosa, sin inquirir su pretension; y mientras ella llamando al pintor amigo y celoso necio, concertó con ellos lo que habian de hacer para colorear este disparate, persuadiéndoles que era para regocijarse con semejante burla en dias tan ocasionados para ellas;

(1) Dice aquella, porque esta narración se hace en una casa de campo, cerca de Tallo.

haciéndose el astrólogo en contradicción con el ignorante cajero, que cansado de pagar letras se venía á acostar, le dijo: Mal color traeis, vecino: ¿sentís acaso alguna mala disposición en vos?—Gracias al cielo, le respondió, si no es el enfado de haber contado hoy mas de seis mil reales en vellón, no me he sentido mas bueno en mi vida.—La color á lo menos, replicó el astrólogo, no conforma con vuestra satisfacción; dadme acá ese pulso.» Dióselo turbado el ignorante vecino, y arqueando las cejas, con muestras de sentimiento amigable, el cauteloso embelecador dijo: «vecino mío, cuando yo no haya sacado otro fruto del conocimiento de los cursos celestes, sino el que se me sigue de avisaros de vuestro peligro, doy por bien empleados mis desvelos. Para estas ocasiones son los amigos: no lo fuera yo vuestro si no os avisara de lo que os conviene y menos cuidado os dá; disponed de vuestra hacienda y casa, ó lo que importa mas, de vuestra alma, porque yo os digo por cosa infalible, que mañana á estas horas habreis experimentado en la otra vida, cuánto mejor os estuviera haber ajustado cuentas con vuestra conciencia, que con los libros de caja de vuestro dueño.» Entre turbado y burlon le respondió el moscatel: «si este juicio sale tan verdadero como el pronóstico que del año pasado hicisteis, todo al revés de como sucedieron sus temperamentos, mas larga vida me prometo de lo que imaginaba.»—Ahora bien, replicó el astrólogo, yo he cumplido en esto con las leyes de cristiano y amigo; haced vos lo que mejor os estuviere: que yo sé que no llevaréis queja de mí al otro mundo, de que no os avisé pudiendo.» Y dejándole con la palabra en la boca, echó la callé arriba.

(Continuará.)

LA PUERTA DE ORO

6

ARCO DE TRAJANO.

Este bello monumento, construido de mármol de Paros, y perfectamente conservado, tiene cuarenta y ocho pies de altura. El sobrenombre de Puerta de Oro que se le da, viene quizá desde los mismos romanos. De todos modos no admite duda que era ya popular al principio de la edad media: y se le denomina así en un acto de donación religiosa, año de 774.

Para dar una explicación de este rico sobrenombre han supuesto algunos que los adornos del arco fueron dorados en un principio: otros, que la inscripción, que parece hoy ha sido grabada en hueco, fué por el contrario de realce, y las letras de oro: otros en fin, opinan que solamente se ha querido indicar con estas palabras la magnificencia y el mérito incomparable de arte del edificio.

Se cree que el arquitecto que dirigió la obra fué Apolodoro, á quien confió Trajano la ejecución del plano del foro, que lleva el nombre de este emperador. Este célebre artista fué desterrado de Roma, y en seguida condenado á muerte, dícese, por Adriano. Dion Casio cuenta que, estando un día conferenciando juntos Trajano y Apolodoro sobre el plano de un monumento, se llegó aturdidamente Adriano á dar su parecer. El arquitecto lleno de impaciencia le interrumpió con viveza, suplicándole le dejara: «Id, le dijo, á pintar calabazas, que nada entendéis de arquitectura.» Guardó Adriano largo tiempo el resentimiento de esta injuria, y, según Dion, se vengó cruelmente cuando subió al imperio.

El arco de Trajano sirve hoy de puerta á la ciudad de Benevento, llamada en lo antiguo *Malventum*. La arquitectura es del orden compuesto. Las columnas se apoyan en un pedestal común: su base es ática y de muy bellas proporciones; toda la parte superior está muy bien delineada, y es de bonitos contornos. Serlio observa, que el arquitrabe, el friso y la cornisa guardan la mas perfecta regularidad entre sí, y son admirablemente proporcionados á la masa total del edificio.

El friso está adornado como el arco de Tito en Roma, al que se parece bajo todos aspectos, de figuras alusivas al triunfo. Los entrepaños de los intercolumnios están divididos con mucho gusto en bajos relieves separados por frisos pequeños. En el medio del arímeto está colocada la inscripción, y en los fondos hay bajos relieves por el mismo estilo que los del arco de Constantino en Roma. Representan varias acciones de la vida del emperador Trajano, y no ceden en nada á los de Roma por la belleza con que están ordenados, la grandiosidad del estilo, y la valentía de la ejecución. Sin embargo, este monumento es poco conocido de los viajeros, en razón á no hallarse en el camino que siguen generalmente.

Hé aquí el texto de la inscripción que se lee en el ático:

*Imperatorii Casari divi Nervæ filio
Nervæ Trajano optimo, Augusto*

*Germanico, Dacico, pontifici maximo, (ex) tribunicia
Potestate XIX, imperatori VII, consuli VII, patri patrie,
Fortissimo principi, Senatus Populusque Romanus.*

«El Senado y el pueblo romano al emperador César Nerva Trajano el grande, Augusto, el Germánico, Dacico, gran pontífice, ejerciendo la potestad tribunicia por la décima-nona vez, emperador siete veces, cónsul por sétima vez, padre de la patria, príncipe valeroso, hijo del divino Nerva.»

FRAGMENTO.

Y á la luz del crepúsculo serena
Solos vagar por la desierta playa,
Cuando allá mar adentro en su fúena
Cantos de amor el marinero ensaya,
Y besa blandamente el mar la arena,
La luna en calma al horizonte raya,
Y la brisa que tímida suspira
Dulces aromas, y frescor respira,

Y húmedos ver sus ojos de ternura
Que abren al alma enamorada un cielo,
Estáticos de amor y de dulzura
Con blando, vago y doloroso anhelo:
Magia el amor prestando á su hermosura,
Y el pensamiento deteniendo el vuelo
Allí donde encontró la fantasía
Ciertas las dichas que soñó algún día.

Y respirar su perfumado aliento,
Y al tacto palpar de sus vestidos,
Penetrar su amoroso pensamiento
Y contar de su pecho los latidos,
Exhalar de molice y sentimiento
Tiernos suspiros, lánguidos gemidos,
Mientras al beso y al placer provoca
Con dulce anhelo la entreabierto boca.

José de ESPRONCEDA.

CANCION.

¡Prenda del alma mía!
¡Escucha con amor de mis acentos
La amorosa armonía:
Tú eres de mis amantes pensamientos
Soberana señora y alegría!

Para tí sola vivo,
Tú eres el sol que alumbra mi existencia,
Tú con el fuego activo
De tus ojos, volviste á la creencia
Del amor, á mi triste pecho esquivo.

Mientras estoy á tu lado,
Vuela para mí el tiempo tan ligero,
Que cuando ya ha pasado,
Me parece que estoy ¡tanto te quiero!
De tí toda mi vida separado....

Despierto ni dormido
Te separo jamás de mi memoria.
¡Memoria que al olvido,
Me trae la dolorosa triste historia
De las crueles penas que he sufrido!

Ni pasa solamente
Un instante en el día, en que el deseo
Cruel no me atormenta
De verte, vida mía.... y si te veo,
Nunca me canso de mirarte enfrente.

Porque eres tan hermosa,
Que cuanto mas contemplo tu hermosura,
Mi alma, mas ansiosa,
Se huye de mí y se duerme en tu figura.
Como sobre una flor la mariposa.

¡Entonces, fascinada,
No vive, que en letal desmayo cae
Mi alma enamorada,
Hasta que amor la da y á sí la atrae
Tu boca, con dulcísima llamada!

¡Ni yo sé lo que siento,
Cuando cerca, mi vida, de tu boca,
De caricias sediento,
Siento en mis labios el calor que toca
De amoroso y aromado aliento!

¡Trémulo desfallece
Mi pecho enamorado y palpitante,
Se apaga y desvanece
Mi vista, y con tenerte á ti delante,
Que es sueño tanta dicha me parece!

Un sueño que pasando
Engaña al corazón que triste llora,
Sus dolores burlando
Con la imagen del bien que tierno adora,
Que le abandona luego en despertando.

¡Un sueño!.... ¡Vida mía!....
¿Será no mas un sueño mi ventura?
¿Un sueño mi alegría?
¿Es un sueño no mas tanta hermosura?
¿Amor tanto, mi bien, sueño sería?....

¡Ah, no, se aparta un velo
Que triste al corazón la luz quitaba!
¡Tú, hermosa, desde el cielo
Bajas á darme amor, mi pena acaba
Y mi dolor, mi llanto y desconsuelo!

¡Tú no sabes, mi vida,
Cuánto dolor tristísimo, sufrido
Dentro de mi alma herida,
Al sentir yo tu amor, por siempre ha huido,
Dejando el alma á la muger querida!

Yo creía que muerto,
Mi corazón con su experiencia frío,
Solo al dolor abierto,
Miraba para siempre con desvío,
Hasta al mismo placer, por daño cierto.

Yo he visto que entregaba
Al desprecio no ha mucho los amores,
Y helado se burlaba
De los pueriles gozos y dolores,
Que amor en otro tiempo le causaba.

¡Que á este tan triste estado,
Placeres y dolores le trajeron;
Los placeres, cansado,
Los dolores, con golpes que le dieron,
Receloso, y sin fe, y escarmentado!

Mas por fortuna al verte,
Recobró, vida mía, su entusiasmo,
Y empezando á quererte,
Latiendo con vigor salió del pasmo
Que tan cerca le tuvo de la muerte.

¡Hermosa mía! lloro
A mas de enamorado, agradecido,
Porque tú, del tesoro
De amor allá en mi pecho oscurecido,
Sacaste la pasión con que te adoro.

¡Y tú sola podías,
Bellísima azucena delicada,
Volver mis negros días,
A la risueña aurora, ya pasada,
De mis enamoradas alegrías!

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

LAS MURALLAS DE TERUEL. ⁽¹⁾

ROMANCE.

Moros cuesta abajo van
corriendo á todo correr:
ménos que vinieron vuelven,
aciaga la lid les fué.
Villa que se labra nueva
presumieron sorprender
valencianos que montaban
ligeros potros de Fez.
Propicia hubieron la noche,
contrario el amanecer,
sintieronlos en el muro
cuando llegaban al pié.
Tocan arma los de adentro,
salen, y en pugna cruel
matan, mueren, triunfan, salvan
su libertad y su fé.
Lejos de rendir cautiva
los moros la villa fiel,
ciento que en ella quedaron
cautivos quisieran ser.
Sepulturas hay que abrir
allí por primera vez,
y ciento veinte hoyos tienen
los vencedores que hacer.
«Una basta para todos,
dijo el avisado juez
que la villa gobernaba
con omnimodo poder.
A la parte de occidente,
que aun sin muralla se vé,
la zanja para el cimiento
dejamos abierta ayer.
Allí á cristianos y moros
comun sepultura den,
si vergonzosa á los unos,
á los otros de honra y prez.
Gloria del pueblo será,
permítalo Dios amen,
que puedan decir mañana
sus hijos con altivez:
Sobre huesos de valientes,
muertos peleando bien,
fundados están los muros
de la villa de Teruel.»

J. E. HARTZENBUSCH.

(1) El célebre autor de *Los amantes de Teruel* está escribiendo una serie de bellísimos romances sobre el asunto de aquel aplaudido drama. De ellos es este el primero, y creemos que nuestros lectores le leerán con igual gusto al que hemos tenido nosotros en recibirlo de su autor.

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION,
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.